

LA LARGA AVENTURA DE RUDOLF

Rudolf Hess es el prisionero más famoso del mundo. Está solo en la prisión militar de Spandau. Es el último superviviente de los condenados por el Tribunal de Crímenes de Guerra de Nuremberg, que le juzgó con otros veinte de los que fueron sus camaradas de aventura, esplendor y caída. Once fueron condenados a muerte (diez, ejecutados; uno, Goering, se suicidó), tres absueltos y siete condenados a prisión. Seis de los condenados a cárcel fueron luego liberados o murieron.

Hess sobrevive solitario en la fortaleza guardada por soldados de las que fueron un día cuatro potencias aliadas. Se le ha trasladado ahora al hospital británico para intentar una operación, sufre de úlceras de duodeno y tiene setenta y cinco años. Algunos creen que esta declaración de enfermedad oculta algo. No se sabe qué. Hay rumores según los cuales Hess no tiene nada más que vejez y que su traslado a un hospital es una operación política que puede coincidir con la aproximación entre las dos Alemanias y la «apertura al Este» de Willy Brandt —quien recientemente prometió al hijo de Hess que intervendría acerca de las potencias ocupantes de Berlín para conseguir la liberación del viejo nazi—, y hay rumores contrarios, según los cuales, Hess tiene, en realidad, cáncer, está a punto de morir y se le ha trasladado en una «operación Navidad» para evitar el malestar que produciría la muerte en la cárcel. ¿Malestar de quién? Hay una opinión pública, puramente sentimental, a la que parece inhumana la situación de Hess. Las situaciones inhumanas se producen en el mundo por millones en nuestros días. Se pueden recordar fácilmente las situaciones inhumanas de la Alemania de Hitler: Hess fue el segundo de Hitler, presidió esas situaciones y en algunos momentos contribuyó a agravarlas.

Señor de la vida y de la muerte

Por ejemplo, durante los juicios —si se pueden llamar así— realizados por el tristemente célebre *Volksgerichtshof*, o tribunal del pueblo, creado en 1934, formado por dos jueces profesionales y cinco elegidos entre miembros del partido, cuyas sesiones se celebraban a puerta cerrada y sus decisiones eran sin apelación. Las penas de muerte se pronunciaban —y se ejecutaban— con profusión. Pero había penas leves o relativamente leves. Una copia de cada sentencia se enviaba directamente a Rudolf Hess, quien tenía autoridad para tomar «medidas implacables» cuando personalmente consideraba que la pena impuesta no era suficiente. La intervención de Hess podía conducir a la víctima a un campo de concentración (caso del pastor Niemoeller, condenado a una pena leve de prisión y raptado en la misma puerta de la audiencia para ser arrojado a un campo de concentración), pero podía ocurrir también que fuese asesinada.

Entre las manifestaciones de horror y piedad (la piedad no tiene por qué ser justa; si lo fuese, no sería piedad) hay también la nostálgica actividad de quienes se fascinaron por el régimen nazi. Y existe la esperanza de quienes esperan verlo reimplantado. Otto Strasser, que fue llamado «el cerebro del nacionalsocialismo» y creó con Hitler la organización del partido (luego fue perseguido por el Führer, consiguió huir al extranjero y vive aún), explicaba en 1966 que un Hitler II podría tomar el poder en el país y reconstruir el nazismo, a condición de que su nombre fuese aprobado desde la prisión de Spandau por Rudolf Hess, a quien se consideraba como depositario de un poder carismático, a pesar de que Hitler mismo había dado orden de que Hess fuese fusi-

lado automáticamente, si regresaba a Alemania después de su vuelo a Gran Bretaña. La vida, la salud y la libertad de Rudolf Hess son esenciales para los nazis actuales (de hecho, Strasser señalaba dos posibles nombres para la supervivencia del nazismo: uno, con pocas posibilidades, Franz Josef Strauss; otro, con muchas, Kiesinger. Poco tiempo después, Kiesinger fue elegido can-

do a la aviación y, finalmente, como muchos oficiales desmilitarizados por la derrota de 1918, había pasado a la Universidad. Su tesis doctoral tenía el título siguiente: «Cómo debe estar constituido el hombre que dirigirá a Alemania para que pueda recuperar su puesto en el mundo». En el texto se leían estas frases:

"Donde toda autoridad se ha



chiller de Alemania gracias al apoyo de Strauss).

«El hombre que dirigirá a Alemania»

Hess fue elegido por Hitler a raíz de una tesis doctoral. Hess había hecho la guerra en el mismo regimiento que el cabo Hitler, luego había pasa-

desvanecido, sólo un hombre venido del pueblo puede restituirla. Cuanto más profunda sea la raíz del dictador en las grandes masas populares, mejor conocerá los tratamientos psicológicos que se le deban aplicar, menor será la desconfianza de los trabajadores, más numerosos serán los partidarios que encontrará entre los medios más enérgicos de la población. Pero él mismo no

F HESS

debe tener nada de común con la masa. Como todos los grandes hombres, es ante todo una individualidad. Si la necesidad lo ordena, no vacila ante la efusión de sangre. Las grandes cuestiones se resuelven siempre a sangre y hierro. Para alcanzar sus objetivos, está dispuesto a caminar sobre los cuerpos de sus mejores amigos. Aquel que hace la ley procede con una implacabilidad terri-



Hess fue el número dos del partido nazi y el tercero en la línea de sucesión a la jefatura del Estado.

**"Si la necesidad lo ordena,
no vacilará ante la efusión
de sangre... Si es necesario,
pisoteará a las gentes
con botas de granadero"
...así describía Hess, al hombre
que debería dirigir a Alemania.**

ble. Si es necesario, pisoteará a las gentes con botas de granadero".

Es posible que Hess estuviese pensando en sí mismo. Cuando Hitler leyó estas líneas, se reconoció a sí mismo. Hess se convirtió en su secretario, y a él le fueron dictados los capítulos de «Mein Kampf». Se suele decir que la colaboración

en esta obra, sobre cuyas líneas se devastó Europa, fue más allá que la de escritor y secretario: que muchos párrafos fueron obra directa de Hess y que otros muchos fueron inspirados por él. Se ha dicho, también, que Hess fue, junto a Hitler, el representante de una sociedad secreta, el «Grupo de Thulé», al que pertenecía.

El «Grupo de Thulé»

El «Grupo de Thulé» tenía como gran figura a Karls Haushoffer: un general que se había convertido en profesor de Universidad, y que lo fue de Hess. La mayor contribución de Haushoffer al nazismo fue la creación de una ciencia, la «geopolítica», que, si hoy se estudia en todo el mundo, en-

Por JUAN ALDEBARAN

tonces sirvió para hacer germinar la idea de «espacio vital» como símbolo de expansionismo, idea que fue el germen del III Reich. Otro gran nazi, además de Hess, perteneció a este grupo: Rosenberg, judío que se convirtió en perseguidor y exterminador de judíos (ahorcado luego en Nuremberg). La idea de esta extraña sociedad era la de que existía un centro, Thulé, donde se habían conservado los secretos mágicos de una civilización nórdica desaparecida. Entre estos secretos estaba la forma de comunicarse con unos seres extraterrestres capaces de transmitir una enorme fuerza a sus adeptos, con la que podrían destruir por la violencia todo aquello que se opusiese a la realización del gran destino espiritual de la Humanidad, que únicamente podía realizar la raza «aria». Una especie de «médium» podía entrar en contacto con esos seres extraterrestres y recibir de ellos su fuerza. Parece que el «Grupo de Thulé» estaba convencido de que Hitler era uno de esos «médiums», y algunos de los rasgos externos del nazismo se explican por esa extraña doctrina comunicada por Hess a Hitler. Hess, que era un fanático no muy inteligente, que atribuía cierta fuerza de destino al hecho de haber nacido en Egipto (Alejandría), creía firmemente. Parece también que la influencia de esta secta, y personalmente la de Haushoffer, originaron la gran aventura de Hess: su vuelo a Gran Bretaña.

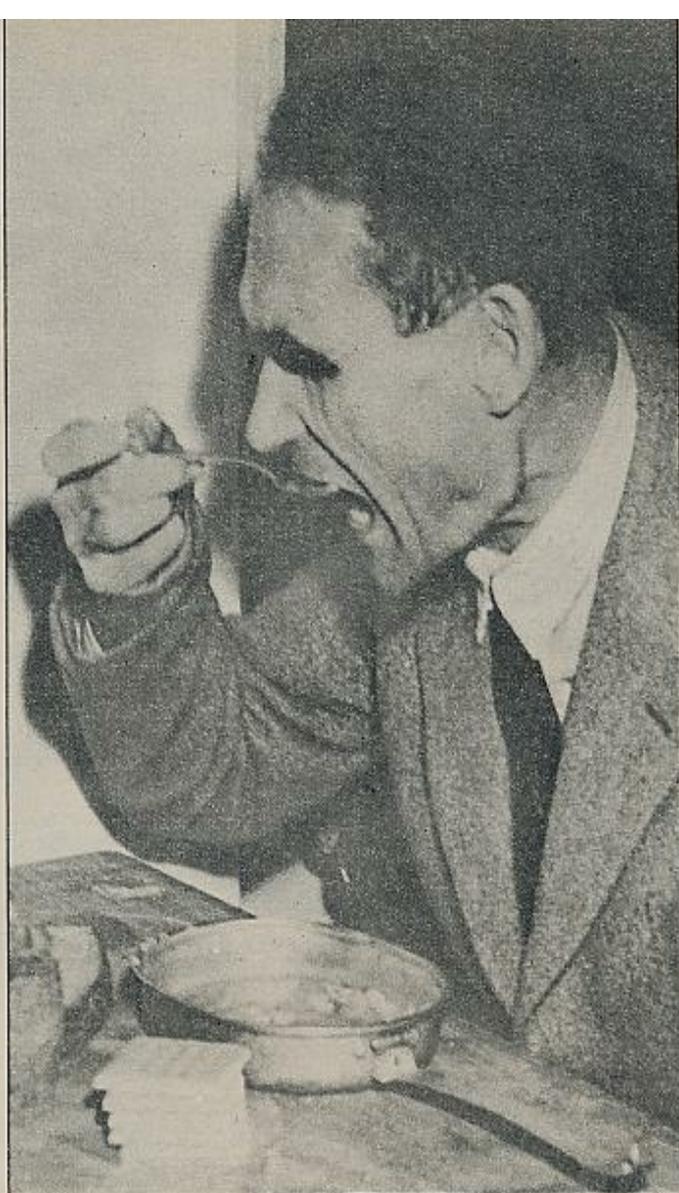
La huida a Inglaterra

Siendo ya el segundo del partido nazi y el tercero en la línea de sucesión a la jefatura del Estado, el 10 de mayo de 1941, en plena guerra, Rudolf Hess huyó de Alemania volando solo en un avión militar y se lanzó en paracaídas sobre Escocia. Fue una acción

individual. Se desconoce el verdadero fondo de su intención. Aparentemente, trataba de explicar a Churchill que Gran Bretaña podía hacer una paz, por separado, con Alemania, y ambas naciones, con toda Europa, dirigirse contra Rusia. Para Hess, el sentido principal de la guerra no estaba claro. En un cuadro racista y mágico, el destino de Alemania era, en primer lugar, el de la lucha de la raza aria con la eslava. Si tuvo una inspiración de Haushofer y su familia, esa inspiración podía ser más práctica que mágica. El viejo general debía pensar que Hitler estaba cometiendo un error irreparable en la dirección de la guerra (como así fue) y pudo tratar de utilizar al simple Hess para dar la vuelta a la situación. Churchill pensaba probablemente lo mismo, que la guerra de Europa contra la URSS era la fundamental, pero sabía que ya era tarde para rectificar, que Hitler no cambiaría nunca de propósito —dominar al mismo tiempo el Este y el Oeste— y que Hess carecía de fuerza real. La orden de Hitler anunciando que Hess sería fusilado tan pronto regresase a Alemania, quitaba todo valor político a la aventura. Hess fue declarado loco y encerrado en Gran Bretaña hasta que, al terminar la guerra, fue enviado a Nuremberg para ser juzgado con sus compañeros. Probablemente fue esta aventura escocesa y la declaración de locura que se produjo al mismo tiempo en Gran Bretaña y en Alemania lo que le salvaron la vida.

Veintiocho años en prisión

«Ninguno de nosotros sabía en realidad si Hess estaba o no loco», escribe Von Papen, que se sentó con él en el banquillo, en sus «Memorias». «Creo —añade— que estaba sano cuando llegó en avión a Inglaterra y pretendió compensar sus anteriores fechorías previniendo a los ingleses que el ataque de Hitler a Rusia debía conducir a la ruina de Europa». Pero ante el Tribunal, Hess se comportó de una ma-



Sumando los años que llevaba en la prisión británica, Hess lleva en estos momentos más de veintiocho años de prisión.

LA LARGA AVENTURA DE RUDOLF HESS

nera extrañamente indiferente. Llevaba ya más tiempo de cárcel que sus compañeros, había visto la derrota antes que ellos y, probablemente, sabía ya que no sería ahorcado. Hess no quiso hablar con su defensor y se negó a ser examinado por los psiquiatras, que trataban de salvarle con una declaración de locura. Mientras se desarrollaba el juicio leía pequeñas novelas. Cuando le llegó su turno, se limitó a ponerse en pie, a explicar que no estaba de ninguna manera loco,

aunque lo había fingido durante un tiempo, y que, dado que era normal y perfectamente sano, deseaba ser juzgado exactamente igual que los otros. Regresó a la lectura de sus novelas y, con el mismo aire distanciado y lejano, escuchó la sentencia que le condenaba a cadena perpetua. La está cumpliendo desde entonces. Sumando los años que llevaba ya en la prisión británica, Hess lleva en estos momentos más de veintiocho años de prisión. ■ J. A.

Se ha dicho que el descubrimiento más importante de la revolución industrial es la invención del método de inventar. En los países más avanzados, que ya han entrado en la Era Posindustrial, las invenciones no se producen por inspiración esporádica de un creador, sino por el propósito sistemático de equipos investigadores. Las grandes empresas americanas, apoyadas por contratos del gobierno, destinan grandes sumas a la investigación; así, la invención se institucionaliza y los inventores se convierten en empleados que cobran su sueldo por inventar.

Todo esto implica un cambio radical en el modo de considerar el futuro. Las sociedades preindustriales piensan que el futuro está fuera de su control y lo dejan en manos de Dios, del destino, o bien, como los indios hopi, ni siquiera tienen palabra para decir futuro. El estilo de las sociedades industriales al confrontar el futuro consiste en actuar después de que las cosas hayan sucedido, puesto que suelen prever el futuro por lo que está pasando en el presente. Las sociedades posindustriales confrontan el futuro con un estilo radicalmente nuevo: reaccionan antes de que las cosas sucedan. No es de extrañar que aparezcan en Estados Unidos un grupo de instituciones dedicadas a estudiar el futuro. Su objetivo es la investigación para el diseño del futuro social; su razón de ser, las imponentes perspectivas en las actuales tendencias de la sociedad posindustrial. Por ejemplo: en Estados Unidos, la proporción de trabajadores en el sector agrícola ha bajado del 90 por ciento, en 1800, al 75 por 100, en 1900, y al 5 por 100, en la actualidad. (En Inglaterra es del 4 por 100.) Además, por primera vez en la historia de la Humanidad, un país tiene más gente trabajando en los servicios que en las manufacturas. La jornada de trabajo se ha reducido de sesenta horas, en 1900, a cuarenta horas en la actualidad. Ante tales tendencias, un técnico de la Rand Corporation ha predicho que los Estados Unidos llegarán a satisfacer todas sus necesidades con el trabajo de sólo un dos por ciento de su población activa. Tal afirmación, aunque caricaturesca, tiene un significado correcto. Parece evidente que todos estos cambios van a traer profundas implicaciones sociales, que merecen estudiarse con antelación. Por ejemplo, si continuamos traspasando el trabajo a las máquinas, será necesario revisar los criterios de valor con que la sociedad considera el trabajo: la motivación para trabajar no será ya la necesidad, sino el placer de crear. En el mundo de escasez que las sociedades posindustriales han dejado atrás, el trabajo es una obligación. En el mundo de abundancia de la sociedad posindustrial, el trabajo será una dedicación voluntaria y libre. Los Estados Unidos van a llegar pronto al punto en que el pleno empleo será una meta anacrónica, y el trabajo, en lugar de ser un derecho, será un símbolo de posición social. En la actualidad, en Estados Unidos, los profesionales de más categoría son los que trabajan